

Educación literaria en las novelas de colegios de la “Edad de Plata”¹

Literary Education in the Spanish ‘Silver Age’ Boarding Schools’ Novels

FERMÍN EZPELETA AGUILAR

Universidad de Zaragoza

España

ferminez@unizar.es

(Recibido 22-04-2013;
aceptado 05-09-2013)

Resumen. En un periodo histórico de proliferación de colegios religiosos como es la “Edad de Plata” se consolida en la literatura española el subgénero narrativo de novelas de internado docente. El cotejo de este corpus novelístico aporta claves de investigación acerca de la educación literaria de los escritores y de las generaciones de estudiantes bachilleres de la Restauración, puesto que refleja prácticas de lectura y de escritura, actividades teatrales y canon de lecturas, en un contexto en el que la didáctica de la literatura observa una progresiva sustitución del modelo retórico por el historicista.

Abstract. In a Spanish historical period characterized by the spreading of boarding schools as the “Silver Age” was, a narrative subgenre, that of boarding schools’ narrative, became established. The comparison and research of this novelistic corpus provides important clues on the literary education of writers and on generations of high school students from the Spanish Restoration period, as it reflects practices on reading and writing, theatre activities and a canon on reading. This in a context where the teaching of literature shows a progressive substitution from the rhetorical model to the historicist one.

Palabras clave: *educación literaria; didáctica de la literatura; novelas de colegios; Edad de Plata; Bildungsroman.*

Keywords: *Literary education; teaching of literature; boarding schools’ novels; “Silver Age”; Bildungsroman.*

¹ Para citar este artículo: : Ezpeleta Aguilar, Fermín (2013). Educación literaria en las novelas de colegios de la “Edad de Plata”. *Álabe* 8. [www.revistaalabe.com]

I - Un subgénero narrativo

Las novelas autobiográficas de colegios religiosos aportan a la literatura española de la “Edad de Plata” tan estimable número de ejemplos que bien pudiera hablarse de un subgénero con marcas comunes. En cuanto a las órdenes que gobiernan los centros educativos, predomina la de los colegios jesuitas y los seminarios conciliares, por un lado, sobre cuyos responsables docentes recaen las diatribas más feroces. El resto de congregaciones da cuerpo a novelas en la que el narrador observa con mayor comprensión los modos educativos practicados.

En España, el subgénero brota ya en el Naturalismo, con alguna muestra de narración anti-jesuita escondida en los periódicos (*Jesús. Memorias de un jesuita novicio*, del periodista Dionisio Pérez, 1898) y con ejemplos más representativos debidos a la pluma de novelistas naturalistas radicales: *Criadero de curas* (1888) de Alejandro Sawa, y *Barrabás* (1890) de José Zahonero, que sitúan la peripecia en un seminario y en un colegio “lazarista”² en los años previos a la Restauración.

Sin embargo, son las novelas de las primeras décadas del siglo XX las que marcan el nivel más alto de calidad literaria dentro de la llamada “novela lírica”, y bajo el patrón suministrado por el esquema de “novela de formación”, en versión de aprendizaje artístico. El estudiante adolescente, protagonista en estas narraciones, se esfuerza por sublimar la realidad, pues su sensibilidad especial se hace incompatible con los métodos educativos feroces que experimenta. Por eso el modelo de anti-*Bildungsroman*, al que se ajustan estas novelas en el Naturalismo radical, puede decantarse en las novelas del XX hacia el *Künstlerroman* o novela de artista. El proceso de autorreflexión del héroe necesita de algunos rudimentos literarios como ayuda para su salvación. Es decir, se convierte en un “artista adolescente”³, ávido de asimilar enseñanzas literarias para llegar a ser escritor y poder de ese modo redactar sus propias memorias escolares. De ahí la insistencia en considerar los aprendizajes de las materias literarias por encima de otras disciplinas académicas.

Es natural que los modos expresivos de los que se valen los autores tengan que ver con la “autobiografía”, las “memorias” o la “novela confesional”⁴, aunque no siempre

² Es la orden conocida más comúnmente como los paúles, fundada en 1625 por San Vicente de Paúl para la propagación del cristianismo y el cuidado de los enfermos. Su nombre procede del Hospital de San Lázaro de París, donde se establecieron inicialmente.

³ El artículo de R. J. Schork, “Ayala’s Joycean Portrait: *AMDG*” (1989: 50-70) establece diferencias y alguna conexión entre el modelo de artista adolescente de las literaturas europeas, representadas en la novela de Joyce y el modelo español, simbolizado en *AMDG* de Pérez de Ayala. Hay que tener en cuenta no obstante que la novela de Joyce se redacta entre 1904 y 1914 y aparece traducida al español por Dámaso Alonso en 1926 como Retrato del artista adolescente, por lo que puede influir más en la novela de Azaña que en la de Pérez de Ayala. Giménez Caballero (1991: 96) señala precisamente la conexión de la obra de Azaña con la novela de Joyce. Ver además Moretti (1999: 257-273), quien pone en valor un ramillete de novelas de artista adolescente europeas ambientadas en internados religiosos: *Tonio Kröger de Mann* (1903); *Törless* (1906) de Musil; *Jakob von Gunten* de Robert Walser (1909); y la novela señalada de Joyce.

⁴ La literatura española de colegios, a diferencia de lo que ocurre en las novelas europeas de internados, no concede siempre la voz homodiegética al protagonista adolescente, pues muchas veces el asunto narrado depende de una tercera persona que lima las notas redactadas previamente por el escolar.

aparezca la focalización en primera persona. En la novelística de las primeras décadas del siglo XX el personaje profesor se disuelve en un conjunto de maestros que funcionan como bloque oponente en el itinerario intelectual del discípulo. Azorín, con *Las confesiones de un pequeño filósofo* (1904), señala el camino de lo que podrían llamarse novelas líricas de educación, seguido más tarde, con afán de emulación, por Rafael Sánchez Mazas⁵, autor en 1915 de *Pequeñas memorias de Tarín*, o por Manuel Azaña, autor de *El jardín de los frailes* (1927). En estas muestras representativas se refleja, respectivamente, la acción educativa de los Escolapios de Yecla (en la década de los ochenta del XIX) Sagrados Corazones (primera década del XX en el colegio de Miranda de Ebro) y Agustinos de El Escorial (años finales del XIX)⁶.

La novela canónica de la serie jesuítica *A.M.D.G.* (1910), firmada por un Pérez de Ayala que con catorce años cursó en 1894 su último curso en el colegio jesuita de Gijón, se publica un año más tarde que *Los amores de Antón Hernando* de Gabriel Miró (refundida en 1922 con el título de *Niño y Grande*, que a su vez evoca cuatro cursos del Colegio de Santo Domingo de Orihuela, en fechas inmediatamente anteriores a las focalizadas por Pérez de Ayala en su novela). Esta última narración dialoga con algunos capítulos de las grandes obras del mismo autor, *Nuestro Padre San Daniel* (1921) y *El obispo leproso* (1926). Estamos, tal vez, ante las novelas mejores de la serie anti-jesuítica que, además, estimulan la ideación de otras obras menores, sujetas al mismo esquema literario. Es el caso de *Los caballeros de Loyola*, de Rafael Pérez y Pérez (1929), ambientada también en el colegio jesuita de Orihuela y con intención de dar la réplica ideológica a lo que el autor considera “leyenda negra”; o antes, *Mirando a Loyola* (1913) de Julio Cejador en la que, por el contrario, se eleva el listón de la diatriba a los modos educativos de la orden jesuita, practicados ahora en el noviciado de Loyola⁷.

Las “novelas de seminario” se asimilan a las jesuíticas, en tanto que sus autores insisten también en la coerción y ferocidad como manera de proceder de los pedagogos. La novelita naturalista de Alejandro Sawa *Criadero de curas* tiene su continuación en una obra que aprovecha perfectamente todos y cada uno de los *topoi* con los que se constituye el subgénero: *Mario en el foso de los leones* (1925) de Federico Carlos Sainz de Robles, ambientada en un seminario castellano durante las primeras fechas de la segunda década del siglo XX; y, en un nivel literario superior equiparable a las de Azorín, Miró o Pérez de Ayala, *El convidado de papel* (1928) de Benjamín Jarnés, con recreación ahora del seminario de Zaragoza a principios de siglo XX.

⁵ El adolescente de la novela más conocida de este escritor, *La vida nueva de Pedrito de Andía* (1951) evoca las vivencias enriquecedoras del verano de 1923, con repaso del provechoso curso académico en los Jesuitas de Orduña y con señalamiento de la educación literaria, a través del profesor excepcional, Padre Cornejo, quien además de ser guía espiritual, enseña al muchacho Literatura y Latín.

⁶ Puede señalarse además la novela, algo más tardía, de Juan Chabás, *Agor sin fin* (1930), que presenta en parte asunto académico, en este caso en un internado de Colegio Francés. Para la consideración conjunta de la novelística de colegios religiosos, ver (Ezpeleta, 2006).

⁷ Puede añadirse, de Luis Astrana Marín, el informe novelado, con el título *La vida en los conventos y seminarios (Memorias de un colegial)* de 1915. La novela de Joaquín Belda, *Los nietos de San Ignacio* (1916), también contiene las marcas del género narrativo de colegio jesuita, en fusión con el género erótico en el que se desenvuelve este escritor.

Mainer ha señalado cómo todos estos escritores de las generaciones del 14 y del 27, que cursan estudios secundarios en la última década del XIX y la primera del XX, se convierten en sujetos de una nueva situación educacional, estudiada en el libro clásico de Turin, con arreglo a la cual los Institutos son sustituidos como establecimientos docentes de prestigio, desde la percepción de la burguesía, por los internados docentes jesuíticos, escolapios y de otras órdenes, al amparo del “rearme progresivo del catolicismo integrista de la primera Restauración” (Mainer, 1971: 11). Hay que tener en cuenta que autores de la generación realista, como Pereda o Palacio Valdés; o del 98, como Unamuno, Baroja o Valle, se habían educado en los Institutos provinciales. Los escritores posteriores, en sus novelas autobiográficas, quieren trascender la anécdota colegial personal para proponer claves de indagación cultural que incumben a toda una nación, pero de este conjunto literario se extraen informaciones acerca de los primeros estímulos de las vocaciones literarias de autores muy representativos de la “Edad de Plata”, y acerca de la educación literaria de las levas de escolares que cursan su etapa de Bachillerato regulada por la Ley de 1857 (Ley Moyano) en un contexto histórico en el que prolifera la fundación de colegios religiosos.

2 - La clase de Retórica y Poética

Aunque habitualmente el personaje profesor-clérigo se integre en un bloque colectivo que evidencia modos antipedagógicos y coadyuva a la “anti-formación” del escolar, los autores gustan de insertar, en mayor o menor medida, estampas de estudio y aula que, tomadas en su conjunto, dibujan la vida académica desde la perspectiva del estudiante. En este sentido, la rememoración de los recuerdos escolares no puede omitir la descripción del colegio con la distribución de sus espacios, el patio, los claustros, el jardín, la sala de estudio, la capilla, los gabinetes de Historia Natural y de Física, los salones y el resto de las dependencias, con especial focalización de la práctica docente de las asignaturas en el aula.

Entre las distintas disciplinas académicas, la más relevante, en efecto, suele ser la de Retórica y Poética, a la que los autores conceden espacio generoso (significativos resultan los capítulos concedidos en *Mario en el foso de los leones*; en *Pequeñas memorias de Tarín*, *El jardín de los frailes* o *El convidado de papel*) para incidir en el componente de educación literaria que viene exigido por la modalidad literaria de “novela de artista” en la que se vierte muchas veces el discurso. Se trata de una asignatura nuclear en los cursos del Bachillerato a través de la cual se busca cultivar el arte de bien decir, otorgando a la lengua oral y escrita capacidad de deleitar, persuadir y conmover, conservando todavía buena parte de los valores del modelo de enseñanza retórico vigente en la escuela de forma apabullante hasta mediados del siglo XIX.

Con las medidas legislativas del “plan Pidal”, impulsadas por Gil y Zárate desde la Dirección de Instrucción Pública, se inicia una progresiva sustitución de la retórica por la

historia de la literatura, con “atención al conocimiento de la vida de los autores y la concepción de la obra como expresión del creador y como documento histórico que encarna el espíritu de la época” (Nuñez y Campos, 2005, 68), haciendo valer un paradigma de “culturalismo nacionalista” que ya se aprecia en los testimonios memorialistas de todos estos escritores novecentistas. Algunos autores de manuales de esta disciplina tienen algún protagonismo en los internados que aparecen en las novelas: tal es el caso de Narciso Campillo y Correa⁸ quien, se dice en la novela de Azaña, llena de anotaciones manuscritas un ejemplar de *La Regenta*, que hay en la biblioteca del convento de los Agustinos del Escorial. De él se traza en *El jardín de los frailes* la siguiente semblanza irónica: “Tomábase don Narciso licencias increíbles. Una tarde, sentado en el tribunal, como le doliese un callo, se quitó una bota, la puso sobre la mesa, extrajo del bolsillo una navaja y recortando un pedazo de cuero en la parte que le laceraba, se calzó tan campante” (13).

Con frecuencia los estudiantes narradores de sus diarios testimonian la aridez de esta materia cuando los maestros insisten más en aspectos puramente retóricos a través de la memorización de las figuras retóricas o de otros contenidos abstractos. Al estudiante de *Pequeñas memorias de Tarín* el fin de curso se viene encima y le entran dudas y flaquezas respecto a esta asignatura: “Yo no puedo con esos nombres raros de *antífrasis* y *concatenación*. Me confundo siempre. Y todo eso me resultan bobadas que nunca me servirá saber, ¡Mire usted que *antifonema*! Vaya un nombrecito. Parece un insulto” (89). El narrador innominado de *El jardín de los frailes* impugna a menudo los modos en que se enseña la literatura, en este caso a los ya universitarios del preparatorio de Derecho: “Reducían la historia literaria a las páginas del libro de texto, grueso tomo con nociones preliminares de estética traducidos o adaptados de Levêque: “La gota de rocío suspendida de los pétalos de lirio, el puro y casto andar de la doncella, la inmensa masa de océano agitado por la tempestad...”, decía el libro para empezar a inculcarnos la noción de lo bello. El padre Blanco, oyéndonos decorar entre risas tales sandeces, se impacientaba” (14-15).

El colegial de la novela de Azorín anota así los efectos que produce en su cerebro esta disciplina: “Nada pesaba más sobre nuestros cerebros vírgenes que este lapso eterno que pasábamos a la luz opaca de quinqués sórdidos, en esta sala fría y destartalada, con los codos apoyados sobre al tabla y la cabeza entre las manos, fija la vista en las páginas antipáticas, mientras rumiábamos mentalmente frases abstractas y áridas...” (“La vida en el colegio”, 61).

Sin embargo, de buena parte de los testimonios novelísticos se desprende la idea de la conveniencia de educar por medio del conocimiento de escritores en la búsqueda del espíritu de los valores culturales de lo español. Como señalan Nuñez y Campos, “este modelo historicista con raíces románticas impregnó con tal prédica nacionalista el

⁸ Narciso Campillo y Correa (1835, Sevilla- 1900, Madrid). Fue autor de creación que tuvo relación con Gustavo Adolfo Bécquer. En su calidad de catedrático de Retórica y Poética, primero en el Instituto Provincial de Cádiz, después en el Cardenal Cisneros de Madrid y el Instituto del Noviciado, hay que significar su manual para bachilleres *Retórica y Poética o Literatura Preceptiva* (1872).

moderno sistema educativo en sus orígenes y contribuyó a la formación de la conciencia nacional de los escolares de secundaria de aquella España” (2005: 69-70). El profesor de Retórica, con todos sus defectos, puede contribuir a la conformación de un programa de lecturas del adolescente de las que el narrador memorialista gusta informar con algún detalle.

3 - La lectura

Suele aparecer en estas novelas como una actividad recurrente la lectura colegial durante el transcurso de las comidas, con valoraciones negativas por parte del narrador las más de las veces, como queda consignado en la novela de Benjamín Jarnés: “Hay otra literatura de consumo obligado por los seminaristas que deben escuchar en voz alta en el refectorio, compuesta por hagiografías, novelitas blancas, o en la línea del Padre Coloma. Y, en algunos casos, literatura religiosa sobre las Postrimerías”. No pocas veces estas lecturas contienen, según anota el narrador, “descripciones de hediondas yacijas, de lepras horribles, de úlceras, de llagas purulentas” (139).

Algo más atenuadas resultan estas experiencias lectoras en el internado agustino de Azaña, aunque el estudiante no oculte el rechazo a las mismas: “En el refectorio acaso me tocaba leer desde el púlpito unas páginas de *El Genio del Cristianismo* (sin René), cuando no eran de *Fabiola* o, caso peor, de *Las ruinas de mi convento*. Tolerables los romanos de Wiseman; Paxot, el lacrimoso, me daba náuseas y mucha fatiga como rodeo sin término la amenidad de Chateaubriand” (86). Excepcionalmente estas lecturas de refectorio pueden no ser tan severas, como acontece en la que se practica en el colegio evocado por Azorín, pues los escolares leen a Julio Verne o *El Quijote*, frente a los libros religiosos de los otros internados.

Así por ejemplo, de entre las anotaciones a propósito del primer día de clase, al adolescente de la novela de Sánchez Mazas le llama la atención su profesor, el Padre Magalhaes, con comentarios ponderativos que adelantan la función de profesor coadyuvante de este género de novelas. La primera clase de literatura impartida ha sido muy relajada y en ella el profesor ha hablado sobre su compatriota, Camoens, “que dice que es el poeta mayor del mundo. Dice que es mejor que Cervantes y que ese otro antiguo, creo que Homero” (57). El muchacho muestra interés por la materia (“He pensado en Camoens todo el rosario”) y remata los renglones de la segunda jornada de diario con los calificativos de “muy bueno” y “muy simpático” aplicados a este profesor portugués.

Este maestro estimula la vocación de algunos escolares, como Guillén, quien cursa sexto curso y lee *El Imparcial*, *España Nueva* y *El cuento semanal*, periódicos que de vez en cuando puede leer a escondidas el muchacho protagonista⁹. Otras veces, como en

⁹ Juan Ignacio Luca de Tena, (1966: 401-410), en la semblanza necrológica dedicada al autor, evoca cómo Rafael, ahora estudiante universitario en los agustinos del Escorial, “es el alumno más literato y dirige la revista estudiantil *Nueva Etapa*, en las que a la postre inserta por entregas antes de publicarse definitivamente, las *Pequeñas memorias de Tarín*.”

El jardín de los frailes de Azaña, al adolescente le es censurado por razones morales un periódico en el que estaba embebido: “Yo leía el *Madrid Cómico*, junto a la ventana. El padre Florencio me pidió el periódico y hojeándolo paró la atención en un artículo; apenas leyó las primeras líneas, una sonrisa acerba le descubrió los dientes grandes y amarillos como los de una mula y con saña rasgó el papel en cachitos, diciendo al despedazarlo: “El señor Sinesio...” (65).

Azaña anota que, entre las revistas que reciben los frailes agustinos de El Escorial, figuran números de *L'Univers*, *La Croix* y *La Época*, bien es verdad que el escolar constata que se trata de ejemplares siempre atrasados (99). De modo inverso, Jarnés testimonia en su novela la avidez que siente algún seminarista por hacerse con revistas ilustradas de contenido dudoso en el recinto escolar: “Dos veces al año compra Manolo *La Ilustración*: el último día de curso, al emprender el regreso al pueblecito, y el 29 de septiembre, al finalizar las vacaciones. El primer número queda rodando por las tertulias del pueblo, hecho trizas por los rapaces curiosos. El segundo corre más peligroso albur: emprende viajes furtivos por los pupitres” (44). Aunque no faltan estudiantes seminaristas como Luisito que “sabe de memoria los fondos doctrinales de *El Correo Nacional* y *El Siglo Pretérito*¹⁰” (46), utilizados como “retórica explosiva para aturdir al enemigo” (46). En ese mismo seminario de Augusta no falta *El Mensajero Celestial*, “cuya singularidad es la de traer todos los meses texto idéntico” (139).

Además de la prensa, el escolar Tarín, de la novela de Sánchez Mazas, lee novelas que le suministran algunos compañeros o el propio profesor de Preceptiva y Retórica: “José Martínez me dejó una novela muy bonita y estuve leyendo toda la tarde. Se llama la novela *Los tres hombres rojos* (...) esta novela es mucho más bonita que *Ivanhoe*. Yo quisiera que hubiese una novela como *Los tres hombres rojos*, pero mucho más larga, de cien partes lo menos” (70).

El Padre Blanco (*Fray Sátira*) es asimismo valorado, a pesar de algunas carencias, por el innominado narrador de la novela de Azaña: “La lección del padre Blanco, era, no obstante, soportable como ninguna porque hablaba de cosas inteligibles y amenas cuya inserción en nuestra sensibilidad personal veíamos patente” (12). Se trata del joven fraile profesor de literatura de “El Escorial de Arriba”, que habla de los hermanos Schlegel o que fustiga a Clarín. Da a leer al narrador a Pereda, pero también *Pepita Jiménez* de Valera.

Es cierto, se señala en la misma novela de Azaña, que los frailes orientan a los alumnos hacia la literatura del Siglo de Oro como compañera de la Fe: “Después de la religión, en nada nos mirábamos como en la literatura del siglo de oro” (108). Se alude a Quevedo; a Gracián, a quien fustiga (“ese taimado Gracián, baturro jesuita, loco de vanidad”, 133), se denigra a Calderón de la Barca (120) y se pondera el *Quijote* y Cervantes, al hilo de la evocación de la ciudad de Alcalá de Henares.

¹⁰ Alude al periódico carlista *El Siglo Futuro*.

Ni que decir tiene que *El Quijote* para uso infantil aparece con frecuencia invocado en este subgénero de novelas como lectura paradigmática en la formación de los escolares, tal como corrobora el narrador de la novela de Sánchez Mazas: “Mi premio de conducta ha sido un *Manual práctico de agricultura*, y el de dibujo, un *Quijote* para los niños. Son un abuelo y un nieto, y el abuelo le va contando la vida de Don Quijote. Es un *Quijote* de nenes. Yo he leído el de veras” (90-91). En una novela, que se sale del ámbito de la literatura colegial seria, debida a Elena Fortún¹¹, *Celia en el colegio* (1932), ambientada en este caso en un colegio de monjas para niñas, se incide en el papel del *Quijote* para niños como instrumento de educación lingüística y literaria (“Y desde el otro día empecé a copiar la *Imitación de Cristo*. Hasta que lo vio don Restituto. –Es mejor que copie otra cosa. Esta chiquilla tiene demasiada imaginación y se nos va a atemorizar... Que copie *El Quijote para niños*, que está en la biblioteca”, 204).

Casi siempre los profesores jesuitas resultan peor valorados por el escolar adolescente, como sucede en la novela *AMDC*, en la que el maestro de Retórica recibe continuados juicios despectivos:

Leía aquella semana Estich, el ahilado y largísimo retórico, vocalizando exageradamente de manera que sus oyentes pudieran coger al punto consonancias, asonancias, endecasílabos esporádicos y otros defectos de la prosa, porque frecuentando de continuo las obras satíricas de Valbuena había caído en la presunción de poseer mucha agudeza crítica (182).

A pesar de lo cual puede suministrar a escondidas algunos libros de lectura de creación al desmotivado alumno Bertuco, alter ego del autor. Y colocado éste en el último banco para no distraer a los demás estudiantes, “hacía versos, leía libros de literatura que subrepticamente el padre Estich le daba” (255). En esta misma novela se anota cómo profesores de otras materias como el padre Urgoiti, de Historia de España y Universal, leen ante sus alumnos versos del duque de Rivas o de Zorrilla y otros libros amenos (258).

En ocasiones el adolescente explora por cuenta propia lecturas extraacadémicas más variadas. Se trata de lecturas heterogéneas que funcionan como antídoto para sacudirse el yugo de la disciplina ideológica del internado. Así, en *El convidado de papel* de Jarnés, el protagonista da cuenta de libros de Boccaccio, Quevedo, Manzoni, Coloma, Fernán Caballero, Pereda, Padre Aretino, Chateaubriand, Zorrilla, Arolas, Valera o Galdós, a los que se suman lecturas de novelas pedagógicas y de formación canónicas de Goethe, Stendhal, o los *Viajes de Antenor*, en mezcolanza con algún que otro novelón de Fernández y González, algún drama de Zorrilla o poesías de Salvador Rueda. Todo

¹¹ En la “Edad de Plata” no existe una literatura de internados femeninos equiparable a la de los colegios masculinos. Este relato de Elena Fortún pasa a convertirse en un clásico de la literatura infantil y juvenil, en el que además la autora glosa con profusión una educación literaria para escolares basada en la potenciación de la poesía popular como base de los juegos de la niñez. En época de posguerra sí que puede conformarse una red de novelas de internado femenino con destino a receptoras jovencitas, dentro de la llamada “novela para niñas”, con títulos como *Un colegio de muñecas* (1943), *Las muñecas en vacaciones* (1948) de Pilar Sepúlveda; o de Ilde Gir (Matilde Gironella), *Lili, la ahijada del colegio* (1958) o *Tremenda Yola* (1957). En todas estas novelas aparece el internado docente como marco de crecimiento del personaje adolescente. Novela plena de internado femenino es *Escribo tu nombre* (1965) de Elena Quiroga, ambientada en colegio de monjas en los cursos escolares de la II República, y con algún comentario jugoso acerca de la falsificación e impostación de la educación literaria de las niñas estudiantes.

ello entremezclado con estampas, cartas y fotografías que se intercambian los estudiantes ante el inspector: “Importa leer, sea lo que sea, porque cada día son más hondas las desavenencias entre los colegiales y el texto” (94). Avanzada la novela tiene lugar la inserción del “tercer banquete de papel”, en el que se siguen repasando libros y autores varios, que complementan el bagaje del seminarista para activar sus capacidades para la escritura (*Pepita Jiménez*, *Manón*, *La Hermana San Sulpicio*, *Pablo y Virginia*).

4 - La escritura

Suele ocurrir que los profesores son literatos aficionados que componen sus propias obritas poéticas, que con mayor o menor gusto, estimulan la vena lírica de los escolares. En *AMDG* de Pérez de Ayala se presenta al maestro literato de Bertuco como “el dulce padre Estich, profesor de Retórica, poetastro de la comunidad y tan larguirucho y angosto” (163). El estudiante protagonista integra el grupo selecto de poetas que, con motivo del santo de alguno de los padres profesores, “tañen la lira” en función literaria para la ocasión: “Bertuco era el más hábil en las artes de la poesía. Porque también había en la división unos cuantos poetas en canuto, que mantenían enconadísima lucha de rivalidades, como si ya fueran literatos hechos y derechos” (153).

En *Mario en el foso de los leones* de Sainz de Robles, el profesor-poeta de Retórica, don Ángel de la Guarda, es autor de composiciones tituladas “Espinas y flores”, “Suspiros y ayes”, “Vergel con espinas”, “Flores místicas”, “Rosas sin espinas”, que inserta ocasionalmente en hojas parroquiales y que incluso integran unos tomos. Sus clases son alegatos contra la poética novecentista y loas del modernismo, caracterizado por la “sonoridad”, la “vena” y el “sabor rítmico”; y todo ello, servido en forma dramatizada y libre por el narrador omnisciente, que satiriza la pedantería y mal gusto profesoral.

Este maestro, que practica en el aula una suerte de método socrático bufo, dialoga con sus alumnos sobre poética. Al “señor Antúnez, don Rufo” le reprueba el soneto leído, por ausencia de inspiración y falta de modestia, a la vez que se van desgranando los versos para jolgorio general del grupo. Lanza el envite a su alumno Rivadeneira, “continuador de su estro florido”, y más tarde, a través de la delación de otro escolar, sale a la luz la condición de poeta secreto del adolescente protagonista, quien es invitado a leer una pesada composición de cincuenta y siete alejandrinos, transcritos uno detrás de otro por el narrador.

El estudiante Tarín, en la novela referida de Sánchez Mazas, se quiere alejar voluntariamente de la pose artística *ad hoc* del clásico artista adolescente, pero no evita escribir, orgulloso, su décima al amigo, e incluso da a revisar al estudiante literato algunos otros versos: “Día 13 Febrero. Me ha dicho Guillén que ese verso mío es bastante bueno de rima, pero que la inspiración es pobre. Ni que fuera yo poeta. Bastante he hecho. Voy a hacer un soneto al retrato de Mari. Dudo que me salga” (75). Es capaz, por ejemplo, de apostrofar al paisaje castellano, cuando pasea por la carretera de Burgos, con versos

copiados del escolar “artista” de sexto curso: “Solar de Castilla, la noble, la hidalga/por donde una vieja leyenda cabalga/de Rodrigo Vivar en la silla/ ¡Solar de Castilla” ... (71).

En la novela de Azaña se alude asimismo a la condición de poeta escondido del innominado narrador:

Yo no osaba profanar un objeto cándido, pero es indecible cómo se estremecía mi vanidad si celando y todo esta inclinación, (el padre Blanco) me contaba entre sus alumnos calificados para las letras (...) Un fraile zahorí (¿he de ocultar lo que me honra?) adivinó el secreto. Urdió una superchería inocente, y al asociarme en ella postulaba mi capacidad de escribir poemas. (...) Vas a recitarlo en la velada de Santa Mónica. Dirás que es tuyo (157).

La clase de literatura, en *El convidado de papel* de Jarnés, en fin, es buena ocasión para la composición de bagatelas poéticas, lanzadas al río Ebro contemplado desde las ventanas del aula por los colegiales¹². Y el seminarista protagonista da forma a un conjunto de letanías que hacen al padre Ebro el mejor de los confidentes del joven poeta en ciernes. Es la *letanía sobre el pretil*, cuyo comienzo, desgranado en breves apóstrofes, se inserta dentro del texto novelesco: “Ebro, mi fiel amigo, por tus lecciones de perenne inquietud, recibe mi saludo de apasionado y obediente discípulo. Pretil, barbacana sobre lo huidizo: no pretendas robar su contenido eterno al agua que –inflexible– arrastra las moléculas del tiempo” (121).

Es común que los estudiantes adolescentes mantengan correspondencia epistolar con sus familias, de las que a veces se transcriben algunas muestras, que revelan la ingenuidad del emisor aún infante. En la novela de Pérez y Pérez, *Los caballeros de Loyola*, se señala que “las primeras cartas que del colegial llegaron a Marafí eran breves, escuetas y un tanto deshilvanadas, pero en todas ellas se advertía la conformidad y aun el contento con que Gonzalito se aclimatava a la vida del internado”. “Con sus palabras ingenuas y simplistas de niño que aún desconoce el estilo epistolar, intentaba dar idea a su madre de lo feliz que se había sentido en el último jueves durante el paseo” (94). Algo parecido sucede en *Pequeñas memorias de Tarín* con las cartas escritas por Tarín a sus padres.

Los estudiantes redactan a veces discursos ajustados a las reglas de la retórica para ser dictados ante el público, como una actividad académica que pretende fomentar el gusto por la palabra. Y así, (“Mi primera obra literaria”, 75-76) Antonio Azorín recrea aquel momento en que “los buenos escolapios”, que presiden la mesa en cierta solemnidad académica, alientan con “gestos benévolos” y “frases lisonjeras” el primer discurso literario pronunciado por el escolar, por más que algún otro profesor definido como “hombre terrible que nos tiene quietos y silenciosos en los bancos” (77) le confisque un libro que trata de misteriosas artes mágicas y le produzca una herida espiritual (78).

¹² De la sede principal del Seminario de San Carlos, mudan pronto los colegiales al edificio auxiliar situado junto a la Lonja de Zaragoza.

La preparación de periódicos escolares es otra de las actividades que fomentan el aprendizaje literario de los alumnos. La novela que mejor recoge esta experiencia es *El jardín de los frailes*, donde se señala el carácter innovador de esta práctica, al suponer “un intento bienquisto de los frailes, gozosos de traer la educación en el pie más moderno” (156). En ella Azaña da pistas acerca de su iniciación literaria:

Me ensucié las manos y la ropa en el gobierno de las tiradas, pero no la conciencia literaria, todavía informe, escribiendo artículos. Preferí el trabajo de maquinista al esfuerzo de pasarme siquiera una hora delante de las cuartillas, indolencia que auguraba poco bien de mi fecundidad. En el fondo, me retuvieron a escribir el respeto casi religioso por las letras y una cobardía para la pavora de afrontar –previendo su seriedad– tan confusa inclinación, y de explicarme con ella para aceptarla o rechazarla, o como habría hecho cualquiera mejor enseñado, someterla a prueba (156).

5 - El teatro

El teatro escolar puede convertirse en una actividad estrella que ocupa muchas sesiones extraescolares a lo largo del curso, con el propósito de representar piezas dramáticas en los días de fiesta colegiales. El profesor de Poética del adolescente Tarín consigue ilusionarlo con el ensayo de la comedia *El correo de Lyon*, que va a representar con los compañeros en la fiesta de Carnaval, empleando para este empeño el tiempo del recreo de la comida.

El narrador de la novela de Azaña refiere cómo “de los solaces que aportaba Carnaval, el más relevante era el teatro, concesión al espíritu del siglo reiterada en otros días de marca: el santo del rector y la conversión de San Agustín” (63). “En este Saint-Cyr para donceles, puesto como el de la Maintenon devota bajo un patrocinio egregio, Carlos Arniches suplía a Racine. No supimos de “Esther” ni de “Athalie” (64). En *El convidado de papel* de Jarnés se alude a la sustitución de las tragedias de Sófocles por la obra de Echegaray: “Sófocles, con todos sus camaradas, huye buscando más oportuna adaptación. Ya basta con Echegaray” (60).

Uno de los episodios centrales de la referida novela infantil de Celia Fortún es precisamente el de la función teatral que preparan las niñas estudiantes del internado de monjas, compañeras de la protagonista Celia (“La función”, 142-148): “Creíamos que no iba a llegar nunca el santo de la madre, aunque decían en todos los ensayos... Cuando dijeron “La función es mañana”, nos echamos a temblar, y a todas se nos olvidó el papel de repente. El último día ensayamos en el escenario, que lo habían puesto en el salón grande, con las decoraciones recién pintadas por la madre Isolina. ¡Eran preciosas! (142).

El episodio despedida de ciclo o de curso merece una representación *cuasi* teatral que tiene como punto central la “repartición de premios” y “reparto de dignidades”, muy

solemne en los colegios jesuitas, como se observa en el primer capítulo de *Pequeñeces*, del padre Coloma. Más austero en los internados de las otras órdenes o congregaciones. En la novela de Sánchez Mazas se señala que esta ceremonia fue representada dignamente en el teatro, con los discursos consabidos del alumno literato y del antiguo alumno brillante que triunfa en su carrera profesional; con actuaciones musicales de piano y flauta, cantos del himno del colegio y la obtención por parte del estudiante protagonista de dos modestos accésit de conducta religiosa y de dibujo lineal (90-91).

En las novelas de internados jesuitas suele ocupar un espacio fijo la ceremonia del reparto de dignidades como acto que va acompañado de otro tipo de escenificaciones (*El obispo leproso* o *Mario en el foso de los leones*). Interesante resulta el capítulo sexto de la última de estas novelas, “Los devoradores de inmortalidad”, con buena recreación de la clase de literatura y de su profesor don Ángel de la Guarda Rúa y Felú, con ocasión de la preparación de un certamen literario en honor al Tostado. En ese acto no falta el discurso plúmbeo de don Ángel de la Guarda, recreado por el autor como ejemplo de falta de estética. Barcarolas ridículas, poemas deleznable, y el reparto de premios con exhibición de la arbitrariedad académica del jurado y regalos, en su mayor parte de “utensilios metálicos averiados”.

Actividades de base teatral son las “concertaciones” practicadas en los colegios jesuitas en las que dos equipos de colegiales compiten ante el público, con ocasión de una fiesta final de curso, en una batalla de preguntas y respuestas que se dirigen entre sí los dos bandos, atentos al acierto o error de los contendientes. La rica escenografía que acompaña a esta batalla estudiantil otorga a la actividad el rango teatral. Así se narra la que tiene lugar en la novela *Los caballeros de Loyola* de Rafael Pérez y Pérez, sobre hitos de la historia de España:

El estrado aparecía con las severas galas de los días principales, con los cortinajes de grana galoñeados de oro recogidos en los extremos, y en él, dos grupos de colegiales alineados en artístico cordón esperaban el principio de aquella fiesta con la emoción propia de los que han de poner un poco de su alma y con el temor natural de presentarse ante el público. Un grupo de estandartes de distinto color agrupados a la cabecera de cada bando con traza de divisas contribuía a resaltar el rojo escarlata del fondo y los pliegues mayestáticos de las cortinas. Un gran cuadro mural representando la toma de Granada por los Reyes Católicos surgía en el centro de la pared, y las grandes figuras de primer término, movidas admirablemente por el pincel de Pradilla, evocaban en los muchachos que habían de tomar parte en la concertación de la historia de España los episodios más culminantes de una época que no se olvida fácilmente (135).

En *AMDG* se recrea la “concertación” o certamen científico de la clase de Física, que acompañan al acto de distribución de premios y reparto de dignidades, con protagonismo continuado de la orquesta del colegio y declamación del adolescente protagonista de la oda “A la Estrella Polar”, conceptuada por el narrador como “parto doloroso y frigidísimo del padre Estich” (“Reluciente lucero que sobre el Polo/ estás inmóvil, triste, plateado y solo./ A tu lumbre, en tormentas rudas y graves,/ La proa hacia la ruta ponen las naves...”, 254).

En algunos casos los escolares pueden asistir a sesiones colegiales de cine. *En Pequeñas memorias de Tarín* el alumno ha podido disfrutar de una película de griegos y de romanos en el novedoso cinematógrafo escolar. Jarnés se hace eco de este hecho de un modo muy particular, al trazar una analogía entre la estructura del nuevo código visual al regodeo intimista del estudiante protagonista, quien alimenta su vocación literaria mediante viajes interiores “cinematográficos”. Así, se recrea el “film” y “la composición de lugar” que permite volar a la fantasía por encima de la menudencia colegial cotidiana. Por la “pantalla” desfilan mujeres y los paseos extramuros de Augusta se aprovechan para el paladeo hiperestésico, la vista con delectación de la mujer o la contemplación del mercado. En los momentos de enclaustramiento también se activa el dispositivo de la fantasía. Mientras un colegial hace la lectura en voz alta o un sacerdote dice misa, el estudiante hace más vigoroso el mundo de su fantasía y afila el instrumento para convertirse en artista¹³.

Algunas actividades más estrictamente religiosas aparecen rodeadas de elementos para la representación como sucede con los ejercicios espirituales, situados en momentos climáticos o de desenlace, dentro de la estructura narrativa de los textos. Las que tienen lugar en las novelas de internado jesuita o de seminario dibujan siempre una escenografía tenebrosa para la ocasión con rica ambientación de los preparativos, muy distantes de las de las otras órdenes, presentadas por los autores con alguna brizna de humanidad. Así se refiere a esto Gabriel Miró en *Niño y grande*:

En estos días el altar aparecía colgado de paños de velludo negro, y en el lúgubre fondo destacaba la amarillez de un Cristo y seis cirios. Toda la semana de ejercicios guardábamos riguroso silencio. No teníamos clase, leyendo sólo libros de piedad y meditación; cantábamos, sin órgano, preces y salmos, y escuchábamos tres pláticas diarias” (102-103).

Pérez de Ayala concede también a la descripción de los “ejercicios espirituales” una importancia capital dentro del anecdotario colegial, expresada gráficamente a través del diseño editorial. Proliferan en ese pasaje los signos visuales de la iconografía cristiana; piezas poéticas intercaladas, notas marginales o apostillas. Las instrucciones que se insertan a propósito de la puesta en situación de los escolares en claustro rezan del siguiente tenor: “La repugnancia de uno mismo, que hasta ahora se ha ido acumulando como enorme absceso que vierte ponzoña y pus de fetidez atroz, hará que los alumnos sientan con toda instancia la necesidad de la confesión general, como no sean unos almas de cántaro” (243).

En *Mario en el foso de los leones*, en fin, se dedican treinta y tres páginas a la recreación de esta actividad religiosa. El autor introduce estampas escolares con los “ejercitantes” aprovechándose de la confusión de los cánticos religiosos para proferir gritos;

¹³ Este recurso está puesto al servicio del tema, “el instrumento de la consolación y compensación psicológica, instintiva, de Julio y, a su vez, el proyector que refleja la íntima entidad de sus insuficiencias” (Gracia, 1988: 79).

con inspectores desaprensivos que se burlan de los muchachos sensibles puestos en situación (119). Y todo ello a pesar de que en la cédula que contiene el plan de los ejercicios se dan instrucciones para prevenir esos comportamientos¹⁴.

6 - Conclusión

Los rasgos genéricos del modelo *Bildungsroman* en su versión de *Künstlerroman* se hacen evidentes en un grupo de novelas de colegio religioso de las primeras décadas del siglo XX, en las que sus autores testimonian su paso por la etapa escolar de bachilleres. En todas esas narraciones se repiten unas marcas comunes que dotan de coherencia al subgénero: edad juvenil, meta formativa, dificultades en el camino, mentores y proceso intelectual. En la mayoría de ellas las instancias editoriales inciden en lo inadecuado de los modos pedagógicos practicados por los profesores de los internados, que alcanzan asimismo a los maestros responsables de las materias literarias. La Retórica y Poética es asignatura importante desde el punto de vista de los resortes de la narración, en tanto que posibilita el desarrollo del componente metaliterario: el sujeto lírico se convierte en escritor que sigue el camino requerido por el modelo del *artista adolescente*.

Aunque en la mayoría de estas novelas, sus autores tengan la intención de constatar el fracaso de la educación española en época histórica de la Restauración, de la lectura cruzada del corpus aquí considerado se extraen modos didácticos y rutas de lectura que, con sus luces y sus sombras, ayudan a entender la educación literaria de los escritores posteriores a la Generación del 98, en especial los del 14 y del 27. Estos experimentan la sustitución del Instituto por el internado docente gobernado por los escolapios, los jesuitas u otras órdenes religiosas, percibidos por la burguesía del momento como establecimientos docentes de calidad.

Es natural que los narradores concedan especial importancia a la actividad académica que tiene que ver con la lectura de textos de contenido doctrinal, pero también de creación literaria. Se valoran los clásicos, pero también la literatura contemporánea ocupa su lugar; se insiste en la escritura de poemas y de discursos, en la declamación y en la representación teatral. La didáctica de la literatura sigue siendo deudora del viejo “método retórico”, vigente en las prácticas docentes de forma inveterada. Aun así, se constata la asimilación, para el estudio literario, del método historicista. En algunos casos incluso se da a la materia cierta dimensión práctica. El abundante material cotejado muestra algunos aspectos “vivenciales” y lúdicos que siempre van anejos a lo literario. Todo este conjunto se convierte, en definitiva, en una valiosa fuente de investigación sobre educación literaria, no sólo de un número representativo de autores de una época, sino de toda una generación de escolares de las décadas centrales del periodo histórico de la Restauración.

¹⁴ En el ámbito de la narrativa hispanoamericana, la novela corta de Amado Nervo, *El bachiller* (1895) ya presentaba al personaje adolescente encerrado en un seminario de una ciudad vieja mejicana, con anhelos místicos, ejercicios espirituales jesuíticos y obsesión por la castidad.

Referencias

NOVELAS

- Astrana Marín, L. (1915). *La vida en los conventos y seminarios (Memorias de un colegial)*. Novela. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra.
- Azaña, M. ([1927]1981). *El jardín de los frailes*. Madrid: Alianza Editorial.
- Azorín (José Martínez Ruiz) ([1904]1994). *Las confesiones de un pequeño filósofo*. J. M. Martínez Cachero (ed.). Madrid: Espasa-Calpe.
- Belda, J. (1916). *Los nietos de San Ignacio*. Madrid: Biblioteca Hispania.
- Cejador, J. (1913). *Mirando a Loyola. El alma de la Compañía de Jesús*. Madrid: Renacimiento.
- Chabás, J. ([1930]1998). *Agor sin fin*. J. Pérez Bazo (ed.). Madrid: Espasa-Calpe.
- Fortún, E. ([1932]2000). *Celia en el colegio*. Madrid: Alianza Editorial.
- Jarnés, B. ([1928]1979). *El convidado de papel*. J. C. Mainer (ed.). Zaragoza: Guara Editorial.
- Miró, G. ([1922]1987). *Niño y Grande*. C. Ruiz Silva (ed.). Madrid: Castalia (versión ampliada de *Amores de Antón Hernando*. Madrid: "Los Contemporáneos", 1909).
- Miró, G. ([1921]1988). *Nuestro Padre San Daniel*. M. Ruiz Funes (ed.) Madrid: Cátedra.
- Miró, G. ([1926]1989). *El obispo leproso*. M. Ruiz Funes (ed.). Madrid: Cátedra.
- Pérez, D. ([1898]1932). *Jesús (Memorias de un jesuita novicio)*. Madrid: Editorial Pueyo.
- Pérez de Ayala, R. ([1910]1995). *A.M.D.G.* A. Amorós (ed.), Madrid: Cátedra.
- Pérez y Pérez, R. ([1929]1934). *Los caballeros de Loyola*. Barcelona: Juventud.
- Sainz de Robles, F. C. (1925). *Mario en el foso de los leones (Novelerías)*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Sánchez Mazas, R. ([1915]2005). *Pequeñas memorias de Tarín*. Barcelona: Ediciones Península.
- Sánchez Mazas, R. ([1951]2004). *La vida nueva de Pedrito de Andía*. M^a L. Burguesa (ed.). Madrid: Espasa-Calpe.

- Sawa, A. ([1888]1999). *Criadero de curas*. F. Gutiérrez Carbajo, (ed.). Madrid: Biblioteca de Autores Españoles.
- Zahonero, J. (1890). *Barrabás*. Madrid: La España Editorial.

OTRAS REFERENCIAS

- Ezpeleta Aguilar, F. (2006). *El profesor en la literatura. Pedagogía y educación en la narrativa española (1875-1939)*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- García Aguayo, G. (1990). *El jardín de los frailes versus A.M.D.G. Ínsula*, XLV, 526, 16-17.
- Giménez Caballero, E. (1991). Azaña desde hoy. En V. A. Serrano, y J. M. San Luciano (eds.). *Azaña* (pp. 91-113). Alcalá de Henares: Colegio del Rey.
- Gracia, J. (1988). *La pasión fría. Lirismo e ironía en la novela de Benjamín Jarnés*. Zaragoza: Institución "Fernando el Católico".
- Luca de Tena, J. I. (1966, set-dic). Semblanza literaria y sentimental de Rafael Sánchez Mazas. *Boletín de la Real Academia Española* XLVI, 401-410.
- Mainer, J.C. (1971). Los estudios escolares en los escritores españoles contemporáneos. *Ínsula*, 293, 10-11.
- Moretti, F. (1999). *Il romanzo di formazione*. Torino: Einaudi.
- Núñez, G. y Campos F.-Fígares, M. (2005). *Cómo nos enseñaron a leer*. Madrid: Akal.
- Schork, R. J. (1989). Ayala's Joycean Portrait: AMDG. *Comparative Literature Studies*. 26, 50-70.
- Turin, I. (1967). *La educación y la escuela en España de 1874 a 1902*. Madrid: Aguilar.